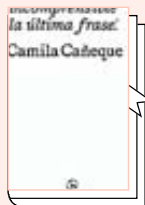


UN OBSESIÓN POR HABITAR EL FINAL DE LAS COSAS

LA ÚLTIMA FRASE
CAMILA CAÑEQUE
La última frase. 136
páginas. 15 €



Hay algo tan hiriente como misterioso en el hecho de que muriera súbitamente, con sólo treinta y nueve años, alguien que acababa de entregar a la imprenta una obra sobre las «últimas voluntades» de los libros, sobre sus palabras epilógicas o de agonía, sobre esas frases finales en las que un texto deja ya de serlo, limitando con el vacío del silencio y dando paso a un blanco en la página que anuncia el fin del sortilegio y el retorno a la normalidad.

La inquieta y controvertida artista, filósofa, *performer* y escritora Camila Cañeque (Barcelona, 1984-2024) estuvo

muchos años trabajando en *La última frase*, que va a quedar no sólo como su primer libro sino como el último o, más exactamente, el único, o al menos el único que dejó definitivamente concluido. En él se cuenta el proceso de investigación, obsesión, ordenamientos y estudio de miles de últimas frases de obras literarias, que ella comenzó a transcribir, coleccionar y pensar, sacando conclusiones asombrosas que, por supuesto, trascienden las intenciones concretas y particulares de cada uno de esos remates o de las intenciones generales de sus autores.

En el libro se recogen 452 entre los varios miles que ella «preseleccionó», pero es importante entender que el ensayo no medita sobre estos textos «escogidos», sino que simplemente los cita cuando convienen, salpicando estratégicamente con ellos reflexiones, intuiciones y apuntes bastante independientes que acaban formando algo así como una filosofía del final de los

textos, y con ella una especie de estadística razonada de los temas recurrentes o, más revelador, de sus implicaciones («parecía haber un acuerdo en lo que debe suceder en el momento en que algo termina»).

El libro, como es ya casi normativo, incluye su propio *making of*, por medio del cual Camila Cañeque cuenta la historia de su arrebato, de cómo le dio por ahí y convirtió su mesa de trabajo, y después todas sus casas, en un santuario de volúmenes abiertos boca abajo por su última página... Pero hay que observar que, si bien necesita hablar sobre ella misma y sobre las circunstancias de la escritura (que incluso la llevaron a pasar un verano en el aeropuerto de El Prat espionando las despedidas de los viajeros, o a acudir «casi a diario» al cementerio parisino de Père-Lachaise para asistir emocionada a las ceremonias de otro tipo de adioses «con una sensación de triunfo por seguir formando parte del bando de los vivos...»), lo hace sin sombra de presunción, sin esa obsesión por sí misma que caracteriza la literatura personal cuando se pierden los papeles o se olvida el objetivo.

En un primer momento, *La última frase* atrapa por la curiosidad de su planteamiento, por lo atractivo de su tema («En otras ocasiones me había embarcado en historias parecidas, en una inercia personal por habitar el fin de las cosas...»), pero enseguida deslumbra por eso tan extraño y especial que tienen su mirada y su pensamiento y por la calidad de su escritura, que sobre todo en los compases iniciales alcanza momentos gloriosos, de enorme inspiración e inteligencia.

Aquí no se va poco a poco, sino que se comienza muy alto y después se va calmando: no es que vaya de más a menos, sino que va de muchísimo a mucho, y curiosamente las citas (que, juguetonamente colocadas, a veces dan lugar a microcuentos, a pequeños hallazgos, a vecindades significativas o incluso a chistes buenos) casi llegan a molestar, por interrumpir el fértil, por sembradísimo, discurso de la autora, que es el que nos tiene obnubilados y por el que sentimos una inmediata e instintiva complicidad que no es sólo literaria: «El mayor encanto de empezar una novela es saber que termina. En el despegue de cualquier lectura empieza una cuenta atrás que nos mantiene en vilo, suspendidos, en un estado de tensión que necesitamos y que no se anula hasta el aterrizaje. La idea de unas vacaciones ininterrumpidas no nos convence y sólo accedemos porque nos aseguran que la estancia tendrá un final. Entonces recorremos las páginas, desbocados o a medio gas, pero siempre proyectados hacia la meta, avanzando, como todo lo vivo, hacia el final, como todo lo que se dirige, inexorablemente, hacia la muerte». ■

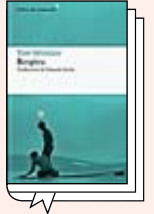
Por **Juan Marqués**

Comienza atrapando lo curioso de su planteamiento, pero enseguida deslumbran su inspiración y calidad

LOS PELIGROS DE QUEDARSE SIN ALIENTO

RESPIRA
TIM WINTON

Trad. de Eduardo Jordá. L. Asteroide.
304 pp. 20,95 €
Ebook: 9,99 €



Un niño de once años, Bruce Pike asiste, ante el océano australiano, a su primer momento de belleza extática, como si hubiera visto la gran ola de Hokusai cobrando vida. Es una epifanía que quedará grabada en su sensibilidad en ciernes. No se trata tanto de si aquella masa de agua traza un paisaje sublime, sino de aquellas figuras mortales que, sobre tablas de surf, parecen bailar «mientras el sol les incendiaba el cabello».

Pike viene de un pueblecito río arriba, cuya principal actividad gira en torno al aserradero, donde trabaja su padre. En Sawyer, «los hombres sólo hacían cosas serias y prácticas». Sus progenitores son inmigrantes y no saben nadar. El bosque que los rodea acentúa su desconfianza y cautela por todo. Y de repente, gracias a la amistad con Ivan Loon, rompe las normas y descubre esa danza, la de los surfistas, y eso le cambia para siempre: «Empezamos a surfear para coquetear con la muerte, pero yo todavía experimentaba el sentimiento prohibido de hacer algo bello, como si danzar sobre el agua fuera lo mejor y lo más valiente que pudiera hacer un hombre».

Tras este largo *flashback* aparece un Bruce Pike cincuentón que trabaja de paramédico recorriendo la ciudad en ambulancia. De algún modo, parece haber encontrado una ocupación, como cuando montaba sobre olas gigantes, que le inculca descargas de adrenalina, cuando «las terminaciones nerviosas se ponen a cantar y las tripas se tensan ante lo que se viene encima». Esta vez atienden a la llamada de un joven que ha muerto por asfixia. Sólo él entre el personal que acude comprende que ha sido asfioxifilia y no suicidio.

Entender por qué lo sabe es la razón de ser de *Respira*, una novela de solvente arquitectura formal en la que Tim Winton (Karrinyup, Australia, 1960) mezcla dos de los cuatro elementos de la vida, el agua y el aire, para narrarnos un cuarteto tóxico, el de Bruce, Ivan, Sando –el adulto adicto al peligro que vampiriza la juventud de los dos adolescentes–, y su pareja, Eva, una ex esquiadora de élite retirada por una grave lesión, con la que Bruce tendrá una relación sexual que también lo marcará.

Winton juega con las posibilidades simbólicas de la respiración para indagar sobre nuestra atracción por las «sensaciones fuertes» como una forma de responder a la pregunta: «¿Eres capaz de hacer algo realmente difícil, o eres simplemente uno más del montón, un tipo corriente?». ■

Por **Marta Rebón**

